

Pedagogía cristiana y cultura actual

José Ramón Ayllón
Pamplona 15 abril 2010

Abstract. Al ponente le parece que la tarea prioritaria de la actual pedagogía cristiana es la recuperación y transmisión de tres verdades fundamentales: la verdad de la historia de la Iglesia, la verdad sobre Dios y la verdad sobre el sentido de la vida. Tras desarrollar esos puntos, pone como ejemplo la pedagogía cristiana de San Pablo.

1. Religión y cultura
2. La recuperación de la verdad histórica
3. La recuperación de Dios
4. La recuperación del sentido
5. Pedagogía y cultura en San Pablo

Consideraciones previas

La misión de pedagogía cristiana en cada época se puede resumir en una sola línea: “Vosotros sois la sal de la Tierra; vosotros sois la luz del mundo”. Juan Pablo II lo expresó con estas palabras: “La Iglesia pide a los fieles laicos que estén presentes en los puestos privilegiados de la cultura, como son la escuela y la Universidad, la investigación científica y técnica, la creación artística y la reflexión humanista”.

Para cumplir dicho programa, el requisito indispensable es algo que suena a Perogrullo: que los fieles laicos sean **realmente fieles**. Para que la pedagogía cristiana tenga peso en nuestra cultura, es preciso, por tanto, que haya profesores **realmente cristianos**, y que eduquen **realmente en la fe**.

Hablo de profesores y catequistas con fe. No con un vago y subjetivo sentimiento religioso, sino con el contenido concreto y objetivo, conceptual y moral, que la Iglesia adjudica a esa virtud. ¿Por qué digo esto? Porque vivimos entre millones de españoles que han recibido catequesis y clases de religión, pero no tienen fe. ¿No es un contrasentido escandaloso?

1. Religión y cultura

El ser humano es animal cultural porque su naturaleza está amasada de biología y cultura: es biocultural. No se adapta espontáneamente al medio natural. Necesita la transformación reflexiva, pensada e inteligente del entorno, y eso es precisamente la cultura: todo aquello que el hombre piensa, produce, conoce y posee, siempre que ese patrimonio le enriquezca, le dignifique, le haga crecer como persona.

Cultura es, por tanto, el lenguaje, las ciencias y la técnica, la moral y el derecho, las artes y las letras, la economía, la filosofía, la religión... En un sentido más amplio también son cultura muchas manifestaciones de nuestra libertad inteligente, que hacen nuestra vida más humana, desde los deportes a la gastronomía.

Con respecto a la fe –creencia en la divinidad invisible, a través de sus huellas visibles-, observamos que aparece como un elemento configurador de todas las culturas. Confucio, padre indiscutible de la civilización oriental, afirma que “si no se respeta lo Sagrado, no hay nada sobre lo que se pueda edificar una conducta”. Y Homero apoya la educación de los helenos –primera savia de Europa- en las dos grandes dimensiones de la justicia: el respeto a los hombres y a los dioses.

Por lo que atañe a la fe cristiana, su fecundidad cultural es sencillamente abrumadora. A los cristianos debemos, entre otras muchas aportaciones humanizadoras, gran parte de la mejor legislación, filosofía, literatura, pintura, escultura, arquitectura y música del Románico, del Gótico, del Renacimiento y del Barroco. En esa estela –que George Steiner dibuja en su ensayo *Presencias reales*-, ¿qué debemos hacer los cristianos del siglo XXI? A mi juicio, lo prioritario es **recuperar y transmitir** tres verdades fundamentales. Creo que la Iglesia debe:

- * Recuperar y transmitir la verdad de su propia historia
- * Debe clarificar y difundir a los cuatro vientos la verdad sobre Dios
- * Y debe colmar de sentido la vida humana

2. La recuperación de la verdad histórica

Como todo el mundo sabe, **Galileo murió en la hoguera**, condenado por la Inquisición medieval, por decir que la Tierra era redonda.

Precisamente porque Galileo no murió en la hoguera, ni fue condenado en la Edad Media, ni tuvo problemas con la redondez de la Tierra, la pedagogía cristiana requiere la recuperación de la verdad histórica, sometida durante los dos últimos siglos a la sucesiva distorsión de la ilustración, el positivismo y el marxismo. El primer reto de la actual pedagogía cristiana sería, por tanto, hacer pasar a la Historia –más en concreto, a la Historia de la Iglesia- por un túnel de lavado ideológico.

Paul Hazard, en su célebre ensayo *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, nos dice que la ilustración fue crítica hasta la extenuación, y que el centro de su crítica tenía un nombre propio: Jesucristo. El siglo XVIII no se contentó con la Reforma de Lutero: “lo que quiso fue abolir la Cruz, borrar la idea de una comunicación de Dios con el hombre, de una Revelación. Quiso destruir una concepción religiosa de la vida”. Por eso, la primera parte del libro citado lleva por título *El proceso al cristianismo*. ¿No les parece a ustedes que, en este punto, la historia se repite en la España de hoy?

Al no poder negar la enorme evidencia de la cultura cristiana, la obsesión ilustrada centró su crítica en identificar Cristianismo e intolerancia. Así, Voltaire, a pesar de ser un historiador agudo, a la hora de explicar guerras, persecuciones y conflictos sociales, toma el rábano por las hojas y magnifica unos motivos religiosos que, en realidad, encubren lo de siempre: maniobras del poder político.

Dos siglos más tarde, también en París, el periodista André Frossard, hijo del primer Secretario del Partido Comunista francés, educado en el más estricto ateísmo, descubrirá que la Iglesia está en las antípodas del cliché volteriano. Le cedo la palabra durante una página entera, porque la página es realmente antológica:

¿Cómo hubiera podido yo aprender algo útil y verdadero sobre la Iglesia? Voltaire y Rousseau no la habían elogiado, y yo solo leía a Voltaire y a Rousseau desde los doce años. Mis libros solamente me habían hablado de ella en términos difamatorios: mientras se agarraban a sus pequeñeces y acentuaban sus faltas, olvidaban sus buenas obras e ignoraban sus grandezas.

Mis libros reconocían el antiguo poder de la Iglesia, pero lo hacían para mejor censurar el uso que había hecho de él. Su historia era la de una larga y fructífera empresa dominadora con máscara filantrópica, pues sólo predicaba la humildad para obtener resignación, y la esperanza para no oír hablar de justicia. Esos libros míos citaban gustosamente a los inquisidores y a los Papas pendencieros, pero nunca hablaban de los mártires ni de los santos. Si eran prolijos al

hablar de la cabeza política de la Iglesia terrestre, nada decían de su corazón evangélico. Yo conocía todo sobre el comportamiento despótico de Julio II, e ignoraba absolutamente los encendimientos poéticos de Francisco de Asís.

Mis libros no me habían dicho que, si la Iglesia no siempre había arrostrado en este mundo el buen combate, por lo menos había guardado la fe, y que únicamente la fe nos había hecho amistosa esta tierra. No me habían dicho que la Iglesia nos había dado un rostro a quienes no sabemos con exactitud si somos dioses o gusanos cenagosos, si somos el adorno supremo del Universo o un débil retorcimiento de moléculas, en una parcela de fango perdida en un océano de silencio. La Iglesia sabía -y constatamos que era la única en saberlo en este siglo de terror- lo que son la deportación y la muerte; sabía que el hombre es un ser que no cuenta finalmente más que para Dios.

Mis libros no me habían dicho que la Iglesia nos había salvado de todas las desmesuras a las que -indefensos- somos entregados desde que no se la escucha, o cuando ella se calla. No me decían que la Iglesia, por sus promesas de eternidad, había hecho de cada uno de nosotros una persona insustituible, antes que nuestra renuncia al infinito hiciera de nosotros un átomo efímero. No me decían mis libros que sus dogmas eran las únicas ventanas horadadas en el muro de la noche que nos envuelve, y que el único camino abierto hacia la alegría es el pavimento de sus catedrales, gastado por las lágrimas.

Hasta aquí las palabras de Frossard, tomadas de su extraordinario libro *Dios existe, yo me lo encontré*. Creo que la verdad histórica también debe mostrar -como lo plantea **Chesterton**- el desafío de la fe cristiana a las leyes de la supervivencia histórica. Todos los argumentos de Historia comparada, analogía y probabilidad nos dicen que la civilización occidental tendría que haber desaparecido con el hundimiento de Roma. Sin embargo, en el preciso momento en que el Imperio Romano iba a morir -como murieron Egipto y Persia, Asiria y Babilonia-, algo penetró en su cuerpo y transformó el barco hundido en un submarino. Bajo las aguas, el submarino capeó el temporal y volvió a la superficie siglos más tarde, recién pintado y deslumbrante, de nuevo con la cruz en lo alto.

Si la fe cristiana hubiera sido un producto del decadente Imperio, se habría desvanecido con él. Muy al contrario, la Iglesia congregó a los pueblos que ignoraban cómo se levantan los arcos, y les enseñó el románico y el gótico. Por eso, lo más ridículo que puede decirse de una Iglesia que nos libró de tiempos muy negros, es que ella fue oscura, y que quiere hacernos retroceder al oscurantismo.

Y, sin embargo, eso pretende una legión de escritores de novela supuestamente histórica, omnipresente desde hace una década en las librerías, las bibliotecas y los hogares de medio mundo. Así, **Kent Follet** -uno de los ejemplos más relevantes- recoge la crítica ilustrada y pinta la Edad Media como una época dominada por clérigos obtusos y degenerados. Por supuesto,

sin molestarse en explicar cómo una banda de incapaces logró dominar el mundo durante tantos siglos. Porque, más bien, uno juraría que los hombres que inventaron la Universidad, el canto gregoriano y la geometría gótica, solo pudieron ser personalidades muy notables.

Y eso es justamente lo que sugiere la imagen del submarino -tan audaz como exacta-, pues la incalculable herencia de Grecia y Roma fue celosamente custodiada y enriquecida en los monasterios. Con San Benito a la cabeza, la institución del monacato fue realmente el submarino que, al emerger, fundó Europa, porque en sus claustros y bibliotecas se incubaron las Universidades y las legislaciones, se cultivaron las artes y las letras, y también los espíritus rectores de un mundo nuevo.

3. La recuperación de Dios

Decía que otro requisito imprescindible de la pedagogía cristiana es recuperar a Dios.

Hoy, hablar de Dios produce alergia en Occidente. A menos que se haga con ironía, cinismo o displicencia. Esta novedad cultural ha sido descrita por el poeta **Miguel d'Ors** en unos versos muy reveladores:

La segunda mitad del siglo XX
era más pertinaz que una sequía
de los años 40.
(...)
Tropezaban con Dios en cada cosa:
un niño: Dios; una gaviota: Dios;
una mujer que dice "yo también": Dios;
un buen verso: Dios.
Pero eran ciegos, sordos, inexplicables,
y negaron a Dios como quien niega
el mar o las manzanas.

Esta curiosa situación no siempre ha sido así, ni mucho menos. Casi se podría decir que es inédita en la historia de la humanidad. En cualquier caso, Dios es y será siempre la referencia más esencial e inevitable. ¿Por qué esencial e inevitable?

En primer lugar, nos preguntamos sobre Dios porque nos gustaría saber quiénes somos, descifrar el misterio de nuestro origen. Dice **Borges** en tres versos magníficos: "Para mí soy un ansia y un arcano, / Una isla de magia y de temores, / Como lo son, tal vez, todos los hombres".

En segundo lugar, porque desconocemos el origen del Universo, y porque su misma existencia escapa a cualquier explicación científica. Dice Stephen **Hawking** que la ciencia, aunque algún

día llegue a contestar todas nuestras preguntas, jamás podrá responder a la más importante: Por qué el universo se ha tomado la molestia de existir.

En tercer lugar, Dios nos resulta imprescindible porque el Universo es una gigantesca huella de su Autor. Por eso se ha dicho que Dios es el ser más difícil de conocer, pero también el más inevitable. De hecho, aunque está claro que Dios no entra por los ojos, tenemos de él la misma evidencia racional que nos permite ver detrás de una vasija al alfarero, detrás de un edificio al constructor, detrás de un cuadro al pintor, detrás de una novela al escritor. El mundo –con sus luces, colores y volúmenes-, no es problemático porque haya ciegos que no pueden verlo. El problema no es el mundo, sino la ceguera. Con Dios sucede algo parecido, y no es lógico dudar de su existencia porque algunos no le vean.

En cuarto lugar, nos preguntamos sobre Dios porque estamos hechos para el bien, como atestigua constantemente nuestra conciencia. En la tumba de **Kant** están escritas estas palabras suyas: “Dos cosas hay en el mundo que me llenan de admiración: el cielo estrellado fuera de mí, y el orden moral dentro de mí”.

En quinto lugar, porque estamos hechos para la justicia. El absurdo que supone, tantas veces, el triunfo insoportable de la injusticia, está pidiendo un Juez Supremo que tenga la última palabra. **Sócrates** dijo que, “si la muerte acaba con todo, sería ventajoso para los malos”.

En sexto lugar, Dios es inevitable porque advertimos que también estamos hechos para la belleza, para el amor, para la felicidad... Y al mismo tiempo comprobamos que nada de lo que nos rodea puede calmar esa sed. **Pedro Salinas** ha escrito que los besos y las caricias se equivocan siempre: no acaban donde dicen, no dan lo que prometen. **Platón** se atreve a decir, en una de sus intuiciones más geniales, que el Ser Sagrado tiembla en el ser querido, y que el amor provocado por la hermosura corporal es la llamada de otro mundo para despertarnos, desperezarnos y rescatarnos de la caverna donde vivimos.

En séptimo lugar, buscamos a Dios porque vemos morir a nuestros seres queridos y sabemos que nosotros también vamos a morir. Ante la muerte de su hijo Jorge, Ernesto **Sábato** escribía: “En este atardecer de 1998, continúo escuchando la música que él amaba, aguardando con infinita esperanza el momento de reencontrarnos en ese otro mundo, en ese mundo que quizá, quizá exista”.

Después de apuntar brevemente los motivos por los que el ser humano busca a Dios, entendemos que **Hegel** haya dicho que no preguntarse sobre Dios equivale a decir que no se debe pensar. También entendemos a Pascal, cuando afirma que sólo existen dos clases de personas razonables: las que aman a Dios de todo corazón porque le conocen, y las que le buscan de todo corazón porque no le conocen.

Por tanto, desde Altamira hasta hoy, jueves 15 de abril de 2010, los seres humanos han necesitado y buscado incansablemente a Dios. Siempre entre la niebla, ciertamente... Hasta que el Cristianismo aparece con un mensaje tan revolucionario como increíble y verdadero. Un mensaje que hace decir a su primer perseguidor, tras su conversión: "Todo lo estimo como pérdida y lo considero basura ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor".

En un momento de cruda sinceridad, Homero llegó a decir que lo peor en la vida de un hombre es haber nacido, y –en consecuencia- lo mejor sería morir cuanto antes. San Pablo, en el polo opuesto y con una luz muy diferente, nos asegura que "las tribulaciones de esta vida nos conquistan, sobre toda medida, un premio eterno en la Gloria".

Griegos y romanos nos dejaron el legado incalculable de la ley escrita, la libertad política y la libertad intelectual. El Cristianismo añadirá la verdadera trascendencia: la luz que una humanidad, sumida en la caverna platónica, buscaba desesperadamente desde la noche de los tiempos; lo único que el mundo percibía como más importante que la misma vida: el auténtico sentido de la vida.

Hasta Cristo, en el corazón del paganismo bullían unos dioses que disimulaban la paradójica ausencia de Dios. Ausencia en forma de nostalgia, que intentaba ser curada, con imaginación y fantasía, en la representación figurativa de los Inmortales olímpicos. Solo Sócrates, y luego Séneca y los estoicos, tuvieron la tímida intuición, sobrecogedora y sutil, de que el Universo tiene un solo Autor, y de que la especie humana tiene un Padre que justifica su unidad moral. Lo veían cada vez más claro. Pero no tenían pruebas. Porque nadie tenía pruebas.

El hombre antiguo nunca niega como un ateo. Pero tampoco afirma como un cristiano. Siente confusamente la presencia de fuerzas superiores, y ello le lleva a suponer, imaginar e inventar personificaciones y teofanías más o menos afortunadas. En el fondo, a ser juguete de su propia ilusión. Hasta que un día, un judío habla a los atenienses del altar que han levantado al dios desconocido, y les revela la identidad de ese Dios a quien adoran sin conocer. Por sorprendente que parezca, hasta ese día, todos los dioses de la humanidad –también los griegos- eran verdaderamente desconocidos.

La oscuridad de la mitología estaba pidiendo a gritos la verdad sobre Dios. Porque más allá de los dioses –a menudo despóticos- estaba el Hades, el mismo reino de la muerte.

El hombre antiguo sufría un escepticismo crónico, que nacía de la impotencia y desesperación con que elevaba sus manos hacia las estrellas, mientras las civilizaciones se hundían sucesivamente sin remedio. Los antiguos vislumbraron que el mundo obedece a un plan, trazado seguramente por algún extraño e invisible Ser. Lo que jamás pudieron imaginar es el hecho más extraordinario y único de la historia humana: que el misterioso Hacedor del mundo ha visitado el mundo en persona.

Hasta que apareció el cristianismo, todas las religiones suponían a sus dioses, pero suponer no es conocer, y por eso ninguna de ellas puede compararse a la religión del Verbo encarnado. Desde el primer Domingo de Resurrección se corrió el rumor de que Dios había bajado a nuestro mundo para poner las cosas en su sitio. Desde aquella mañana, todo lo que llamamos mundo antiguo queda definitivamente superado: la mitologías y las filosofías, los dioses y los héroes, y también los sabios.

Nadie había imaginado –escribió Chesterton- la posibilidad de Dios viviendo entre los hombres, hablando con funcionarios romanos y recaudadores de impuestos. Pero la mano del Dios que había moldeado las estrellas se convirtió de repente en la manecita de un niño que gimotea en una cuna. Ese hecho, admitido en bloque por la civilización occidental durante casi dos milenios, es lo más asombroso que ha conocido el hombre desde que apareció sobre la faz de la Tierra. Y el honor de recordarlo a un mundo despistado corresponderá siempre a los cristianos.

Pero han de hacerlo **con sus palabras y con sus vidas**, para que el mundo sienta que está escuchado verdades, mientras siente al mismo tiempo que los intelectuales, los políticos y los grandes comunicadores solo dicen cosas que parecen verdades.

-Mi capitán, estamos en las manos de Dios.

-¿Tan mal estamos?!

Si esto es un chiste y nos hace gracia es porque, en el fondo, pensamos lo contrario. Y pensamos lo contrario porque, como hemos visto, gracias al Cristianismo Europa sustituye los mitos por una aportación incalculable: el encuentro real entre la criatura y el Creador.

Voy a contarles tres historias sencillas, que muestran la enorme trascendencia de esta novedad. Un niño de diez años me contó que, en clase de Religión, había aprendido que en la Biblia hay unos poemas que se llaman salmos. El profesor les propuso escribir uno, a imitación de los bíblicos. Y el chiquillo, sentado junto a la ventana del aula, escribió en su libreta:

Tú vigilas mis pasos. Te quiero, Dios. Tú haces que cada estrella luzca. Tú haces hasta que mi bolígrafo pinte. Tú haces que la Tierra sea redonda. Tú eres como el sol: das vida, luz y calor. Tú das la vida a todo ser. Haces que a los árboles les salgan hojas, y que yo pueda estar aquí, escribiendo esta oración. Si no hubiera sido por Ti, no habría tierra, luz, oscuridad, ni animales ni hombres, ni seres vivos o inertes. No habría nada, porque Tú nos has dado todo. Te quiero, Dios.

Este niño, que ahora andará por los 20 años, se llama David. Por tanto, lo que acabo de leer es un auténtico salmo de David.

Segunda historia. Narciso Yepes, un virtuoso de la guitarra, confesaba a un periodista:

Yo no busco el aplauso. Cuando me lo dan, siempre me sorprende..., ¡se me olvida que, al final del concierto, viene la ovación! Y le confesaré algo más: casi siempre, para quien realmente toco es para Dios... He dicho "casi siempre" porque hay veces en que, por mi culpa, en pleno concierto puedo distraerme. El público no lo advierte. Pero Dios y yo sí.

“Y..., ¿a Dios le gusta su música?”, pregunta de nuevo el periodista.

¡Le encanta! Más que mi música, lo que le gusta es que yo le dedique mi atención, mi sensibilidad, mi esfuerzo, mi arte..., mi trabajo. Y, además, ciertamente, tocar un instrumento lo mejor que uno sabe, y ser consciente de la presencia de Dios, es una forma maravillosa de rezar. Lo tengo bien experimentado”. El célebre músico terminaba su entrevista con esta perla: “Además de creer en Dios..., yo le amo. Y lo que es incomparablemente más afortunado para mí: Dios me ama. ¡Cambiaría tanto la vida de los hombres, si cayesen en la cuenta de esta espléndida realidad!

La tercera historia la protagoniza una joven atea, que estudia Filosofía en la Universidad alemana de Gotinga. Un día, paseando con una amiga por el casco antiguo de Frankfurt, sucedió lo siguiente:

Entramos a ver la catedral. Al cabo de unos minutos, en medio de aquel silencio, entró una mujer con su bolsa del mercado y se arrodilló con profundo recogimiento, para orar. Esto fue para mí algo totalmente nuevo. A las sinagogas y a las iglesias protestantes que yo conocía, se iba solamente para los oficios religiosos. Aquí, en cambio, cualquiera, en medio de su trabajo, se acercaba a la iglesia vacía para un diálogo confidencial. Esto no lo he podido olvidar.

Esta chica se llamaba Edith Stein. Las tres historias son elocuentes. Al mostrar la radical Buena Nueva de un Dios que es Padre -y que en Jesucristo, además de Padre, es Hombre, es Amigo, es Hermano, es Médico y es Amor-, nos sirven para entender algo a primera vista inexplicable: que allí donde ha germinado y arraigado el Cristianismo, ha propiciado una fecundidad cultural extraordinaria. Una certera apreciación de Goethe nos puede ayudar a comprender este fenómeno: “Da más fuerza saberse amado que saberse fuerte”.

4. La recuperación del sentido

-¿En qué cree usted, doctor Collins?

En honor a la verdad, hay que reconocer que una aportación esencial de la fe cristiana a la cultura es su enorme carga de sentido. Así lo apreciamos en multitud de realizaciones culturales insuperables, que ya hemos citado.

Hoy, por el contrario, El ensayo más vendido en el último medio siglo tiene un título muy revelador: *El hombre en busca de sentido*. Y también es revelador que lo escriba un psiquiatra: Viktor Frankl.

¿Por qué se ha perdido el sentido, y el sentido cristiano en concreto? “Con frecuencia leemos el mundo al revés, y luego nos extrañamos de no entender nada”. Estas palabras que Tagore escribió hace un siglo, me parecen hoy más actuales que nunca. Porque vivimos en un mundo con sobredosis de información y de mensajes contradictorios, donde a menudo “lo bello es feo y lo feo es bello”, como cantaban las brujas que engañaron a Macbeth. Incluso está de moda interpretar el mundo en clave equivocada:

- en clave relativista: todo vale
- en clave hedonista: lo importante es el placer, pasarlo bien
- en clave subjetivista: la verdad es lo que yo pienso, lo que me conviene
- en clave nihilista: nada vale la pena: la vida es un cuento sin sentido...
- en clave científicista: todo lo que no es ciencia es ignorancia o superstición
- en clave agnóstica: a saber quién es y dónde está Dios, si es que existe

Un buen catequista, un buen profesor -sobre todo si su asignatura es la religión, o la filosofía- debe conocer bien estas claves, porque solo así podrá desactivar fácilmente este pensamiento dominante, vacunar las mentes de sus jóvenes alumnos, proporcionar antídotos y explicar, con sencillez:

- que, frente al todo vale, hay conductas dignas e indignas, lógicas y patológicas
- que, frente al subjetivismo, encontramos los versos de Machado: ¿Tu verdad? No...
- que, frente al hedonismo, resulta que el bien no coincide exactamente con el placer,
 - pues hay bienes que exigen mucho sacrificio
 - y hay placeres indignos, y placeres que pasan facturas elevadas e irreversibles.
- que, frente al “Dios no habla” del agnosticismo, la mayor parte de la humanidad ha pensado que Dios no calla, y que todo nos habla de Él.
- que, frente al superhombre de Nietzsche, con su cacareada inversión de valores, la experiencia nos dice que del superhombre degenera fácilmente en supercafre (Macbeth, Raskolnikov...)
- que, Sigmund Freud, al sexualizar la neurosis neurotiza la sexualidad.
- que, frente a la concepción marxista de la vida, el marxismo ha sido un gigantesco a priori, desmentido y desmontado por los hechos. Los historiadores –P. Chaunú– señalan que el marxismo ha sido la mayor empresa carcelaria de la humanidad.

Decíamos que, durante siglos, la fe cristiana empapó de sentido trascendente unas realizaciones culturales insuperables. Las gentes en cuyos oídos sonaron los versos de *Mío Cid*, las *Cantigas de Alfonso el Sabio*, el teatro de Calderón o las piezas de Bach, bien

podían no saber leer y escribir, ser pobres, haber sufrido guerras y pestes. En cambio, si algo resultaba impensable en sus vidas, ese algo era la falta de sentido. Podían carecer de casi todo, pero, en la otra balanza, su fe cristiana pesaba más que todas sus carencias, y confería a sus vidas densidad y argumento.

Esa densidad trascendente no falta ni siquiera en obras maestras como **La Celestina**, a quien la crítica atribuye una amoralidad sin fisuras. Recordamos que el amoral Calixto –yo *Melibea soy, y en Melibea creo, y a Melibea adoro*- muere al precipitarse desde lo alto del muro de su amada. Sin embargo, quizá nosotros también nos hemos precipitado al juzgarle, olvidando las últimas palabras que pronuncia, justo antes de expirar: **¡Ah! ¡Válame santa María. Muerto soy. Confesión!**

Ante la insoportable levedad de nuestra época, en medio de un mundo fragmentado y contradictorio, la fe cristiana propone la contundente sencillez de lo que realmente importa. Más que explicarlo, prefiero ilustrarlo a continuación con dos ejemplos.

* Cuando los nazis entraron en el mayor monasterio franciscano del mundo para llevarse a su Superior, **Maximiliano Kolbe** se despidió de sus 700 frailes polacos con 4 palabras: **“No olvidéis el amor”**.

* **Doctor Zhivago**, la novela que valió a Boris Pasternak el premio Nobel, describe la inmensa conmoción de la revolución comunista soviética. En una de sus páginas, el médico Yuri Zhivago reflexiona sobre la locura que está viviendo, y entiende algo que hasta ese momento nunca había pensado: cae en la cuenta de que Cristo se hizo hombre y murió en una cruz para que el hombre ya no muera en la calle, tirado como un perro, sino en su casa, en su hogar: en la Iglesia.

5. Pedagogía y cultura en San Pablo

San Pablo afirma que ha sido enviado a “evangelizar sin elocuencia, para que no se desvirtúe la Cruz de Cristo”. Sin embargo, al hablar y escribir demuestra conocer a fondo la preceptiva literaria y la oratoria forense, que le sirven para lograr los tres fines que también guiaron a Demóstenes, Pericles, Cicerón o Julio César:

- Exponer con claridad
- Argumentar con precisión
- Y ganarse al público con vehemencia

En las epístolas que nos ha legado, San Pablo pone de manifiesto que ha trabajado a fondo – sin improvisaciones- sus escritos y discursos. Además, para adecuarse a diferentes públicos y

situaciones, emplea con soltura los más variados registros: puede hablar y escribir en hebreo, latín y griego; puede dirigirse a judíos versados en la Escritura, a griegos cultos, desconocedores de la tradición judía, y a paganos incultos; puede adoptar un tratamiento teológico, filosófico o pastoral...

Por si fuera poco, San Pablo domina el arte de acuñar síntesis clarificadoras. Si los mejores comunicadores nos han dicho *Veni, vidi, vici; ser o no ser; Dios ha muerto; la religión es el opio del pueblo; ama y haz lo que quieras*, San Pablo, con su profundo conocimiento del mensaje cristiano, con su pasión pedagógica y su elegancia retórica, nos dice *no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero; no tenemos aquí ciudad permanente; lo invisible de Dios se hace visible a través de las criaturas; la piedad es útil para todo; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra; bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi*.

De todo lo dicho en esta ponencia se desprende –eso espero– que **la esencia de la pedagogía cristiana** no es la benevolencia, la tolerancia o el diálogo, sino **su carácter cristocéntrico**. André Frossard pensaba que los dogmas cristianos son las únicas ventanas horadadas en el muro de la noche que nos envuelve. Y nos parece que lleva razón, pues, al final, creemos que **solo en Cristo crucificado y resucitado**, solo en Él, puede la cultura humana descubrir la última verdad sobre el sentido de la Historia y de cada persona.

Muchas gracias

José Ramón Ayllón
Joserra.ayllon@gmail.com